

El conflicto de España en la obra literaria de Manuel Vilas

ALEJANDRO SIMÓN PARTAL

(Universidad de Burgos)

Resumen: En este artículo ahondamos en la particular visión de la historia reciente de España que a través de sus novelas hace el escritor Manuel Vilas. En ellas el autor aborda los conflictos de la Transición española, la democracia o la monarquía española desde su voz irónica y desde el humor, aspectos que lo han llevado a ser uno de los narradores más originales de la literatura española actual.

Palabras clave: democracia, literatura, pop, historia, Spanish, monarquía.

Abstract: In this article we delve into the particular vision of the recent history of Spain that Manuel Vilas makes through his novels. In them the author addresses the conflicts of the Spanish Transition, democracy or the Spanish monarchy from his ironic voice and from humor, aspects that have led him to be one of the most original writers of contemporary Spanish literature.

Key words: democracy, literature, pop, history, español, monarchy.

Desde su sorprendente aparición con *Zeta* (DVD, 2002), un libro de relatos que indaga en las vicisitudes del realismo social español, y donde ya en el prólogo avisaba de sus intenciones: «Yo quería el caos, la muerte, el dolor inconmensurable, la exaltación de la pobreza, la distorsión, la degeneración, la demencia, la ficción asesina, la fantasmagoría, el humor que quema, yo deseaba que Franz Kafka viviese en Teruel, y todo eso quería que se fundiese con la ciudad en la que estaba viviendo, con Zaragoza», hasta su última novela, *Ordessa* (Alfaguara, 2018), de mimbres biográficos, la obra de Manuel Vilas no ha dejado de ser un intento de reconocerse en la historia de España, de tratar de explicar, desde su experiencia y su particular prisma, ese éxodo de los pueblos a las ciudades, y abordar, desde lo industrial (el AVE o los aeropuertos) y lo humano (el amor o la soledad) toda la coyuntura de ese cambio. Para darle, en el fondo, una forma más sofisticada a un país que, a pesar de su patrimonio y de su historia, ha pecado muchas veces de acomplejado, y se ha limitado a lo más elemental sin llevar justo lo elemental al lugar donde se transforma en sublime: «Si el Real Madrid y el Fútbol Club Barcelona se desvanecieran, España se convertiría en un agujero negro. La gravedad de

España son dos clubes de fútbol».¹ Y esa gravedad es la que había que cambiar desde la cultura y la educación. El filósofo Emilio Lledó comentaba que tenemos que aprender a mirar, a interpretar el mundo, a entender qué significan las cosas. Quizá solo esa sea la tarea del escritor, de la persona que intenta crear un diálogo con las afueras, una conversación que traiga sosiego y amor a la convivencia. Una de las razones por la que la obra de Vilas ha de ser estudiada es por la capacidad de ver la historia desde la alegría a pesar de las tinieblas, por su sacrificio por el amor en una realidad que suele preferir el conflicto o el llanto. La base de su obra es el amor, en todas sus variantes posibles. También en su ausencia. Y en su manera sanguinaria o egoísta de afrontarlo a veces. En sus inicios confesaba —con su recurrente dosis de ironía— que quería cambiar el mundo, comerse el mundo. No mucho más tarde confiesa: «Mis libros no cambiaron el mundo, solo me cambiaron a mí».² Y cambiaron a un hombre que narrando historias donde la ficción y la realidad se reconocen y se confunden, ha logrado una voz imprescindible dentro del panorama de las letras hispanas.

«Yo nací allí, en un pueblo español que se llama Barbastro, en el año 1962, o eso me dijeron. Debió de ser un gran año, seguro. [...] Todo el mundo debería dudar de su fecha de nacimiento. No hay ninguna certeza vivida en esa fecha, y te determina estúpidamente, y tiendes a darle una importancia que no procede de tu propia voluntad sino de pactos sociales anteriores a ti».³ Más allá de la exactitud de la fecha, el asunto principal es que a principios de los años sesenta (o a finales de la década de los cincuenta, si se quiere), en plena dictadura franquista, nació un niño en un pueblo de Aragón, como nacieron miles de niños en todos los pueblos y ciudades e islas de España. Eran años de *boom* demográfico en un país entristecido que todavía vivía los coletazos de la guerra civil y que no se planteaba el fin del régimen dictatorial entonces vigente. Ese niño creció y a partir de lecturas y canciones se hizo escritor, y desde este oficio ha narrado su vida y su Estado. El país, muy lentamente, progresó, y ese niño fue contando sus inquietudes y sus experiencias en sus libros, que hablaban de su vida, pero que también hablaban, y siguen hablando, de España. Superada la dictadura, y tras una Transición que ha supuesto algo mucho más profundo que un cambio de régimen político, con constantes nuevos estudios críticos sobre el periodo, llegó la democracia, y

¹ Manuel VILAS, *Ordesa*, Madrid, Alfaguara, 2018, p. 94.

² Manuel VILAS, *Gran Vilas*, Madrid, Visor, 2012, p. 84.

³ *Ordesa*, p. 62.

con ella la monarquía, que es el periodo en el que el escritor ha desarrollado su obra, valiéndose de su tiempo y de su lugar: «El rey Juan Carlos I está algo hinchado, y algo sordo, no oye a los periodistas. Fue el dueño de un largo rato de la Historia. Y ahora habla con los muertos mucho rato».⁴ El rey emérito ha aparecido en novelas históricas, en biografías, pero nunca ha tenido un papel tan insistente en la ficción hasta que apareció Manuel Vilas y lo hizo formar parte de sus libros, de sus novelas y poemarios (que están radicalmente unidos) y lo hizo parte de sus historias porque el rey es historia de España, y España es lo que le pasa a este autor, donde ha nacido, amado, vivido y sobre la que gira su obra. El autor va de la grandilocuencia a la máxima simplicidad, a los estratos más bajos y precarios de la sociedad española y, en ocasiones, de su propia vida. En *Ordesa*, que ha sido elegida mejor novela del año 2018 por los críticos y lectores del suplemento cultural *Babelia*, consigue mezclar todos esos elementos, los históricos y los biográficos, los de España y los de su vida en Zaragoza: «Vilas cuenta su soledad en Zaragoza y que ha dejado de beber. Cuenta un viaje a Ordesa, donde se perdona casi todos sus errores. Cuenta sus viajes entre Madrid y Zaragoza y las vacaciones familiares en Cambrils. [...] Manuel Vilas trata de explicarse a sí mismo en *Ordesa*».⁵ El escritor Juan José Millas añade al respecto: «bastaba leer la primera página para advertir que aquella llamada de socorro venía de lo más hondo de nosotros mismos. Nos reclamaba porque en cierto modo, además de sus protagonistas, éramos también sus autores».⁶

España es un género literario. Como lo será Bulgaria o Italia para los búlgaros y los italianos. Lo que imaginamos que no es tan común es encontrar a autores que hacen de ese género no un tema o contexto para su obra, sino un modo de vida, un amor difícil sobre el que giran los demás: ciudades, parejas, padres, hijos, ídolos y fracasos. En una entrevista concedida al diario *El País*, declara: «Me interesa mucho España, dibujar este país. No me gusta la imagen que damos fuera. Hay muy poca presencia de la cultura española, bueno, dentro también».⁷ Manuel Vilas es uno de esos autores que ya sirven para entender y estudiar este país, esta marca o este problema, depende de quien lo mire. Las próximas generaciones que estudien la historia última española desde la literatura,

⁴ *Gran Vilas*, p. 72.

⁵ Aloma RODRÍGUEZ, «Buscando a Vilas», *Letras Libres*, 1/3/2018.

⁶ Juan José MILLAS, «Ordesa: el mejor libro de 2018», *Babelia*, 15/12/2018.

⁷ *El País*, 24/4/2015.

tendrán que acudir a la obra de Vilas ya que desde sus libros y desde sus reportajes o artículos vislumbramos otra forma de acercarnos a la superficie española; a partir de sus historias entendemos que España es una decisión, y que es un ente decisivo en nuestro entendimiento y en nuestro destino, y lo es en nuestro tiempo y para nuestros escritores y artistas por todas las vicisitudes que lo envuelven: cuarenta años de dictadura, una Transición que sigue generando debate, años de burbuja y sus correspondientes crisis económicas y territoriales, entre otras. Un país donde parece que pasan demasiadas cosas. En Vilas se cumple aquel aforismo de Antonio Porchia de que lo hondo, visto con hondura, es superficie, porque uno de sus méritos es hacer popular lo que se supone alejado de la gente. Y justo para eso tiene que valer la literatura, para hacer más amable, inteligente y divertida la vida de las personas, para que después de leer algún libro tengan más ganas de vivir, para que tras la lectura entiendan mejor su entorno, su país o planeta, y al ser humano que tienen al lado.

Todo este compendio de alteraciones, unido al clima y al carácter mediterráneo y a una vasta tradición, ha llevado a multitud de creadores a intentar entender este fascinante territorio desde sus obras, pero el caso de Vilas en la narrativa es ciertamente más. Javier Calvo escribió que Vilas es el escritor más peligroso de España. Y lo es, ya que señala las cosas y amenaza la estabilidad de toda certeza. Habla de lo concreto y señala lo más cercano, lo accesible. Ha tomado las enseñanzas de Machado, lo popular de Lorca, los desvíos de Berlanga o el alma de Lola Flores para encontrar una voz y un tono enfático que nos muestra el privilegio de poder vivir con dichos sobresaltos. Al igual que su país, viene de las tinieblas pero ama la luz, y a esa luz nos lleva desde situaciones que a medida que ha ido pasando el tiempo y los años, han ido perdiendo en ironía para ganar en crudeza y verdad, en verosimilitud. Ha seguido mencionando al rey de España, pero en lugar de entablar una charla con él desde la suite de un hotel o desde algún local de copas lo hace ahora para ajustar cuentas con la historia, con la memoria, y con cómo este pasado y su contexto han dado lugar al hombre de hoy, con todas sus miserias y bondades.

La España que aquí se representa es la que quiere salir de sus propias limitaciones pero se enfrenta una y otra vez con su propio fantasma. Es la historia de un niño con grandes cualidades que no acaba por destacar ni triunfar y vive arrastrando ese don. Protagonizada por un hombre en constante tránsito, que quiere llegar a la ciudad,

conquistar a todos y abrir los telediarios. El conflicto que envuelve al país en esta literatura es la problemática de un estado de bienestar que acaba confundiéndose en capitalismo salvaje, y con un ateísmo sin reflexión que limita a la sociedad en el consumo, y de ahí la frustración por la finitud de la existencia. La España que huye a la ciudad no para vivir mejor, sino para vivir con más visibilidad, para buscar el reconocimiento, aparecer. Un país que pasa del blanco y negro a invadir sus costas de boutiques y resorts y sus ciudades de aeropuertos, es un argumento de vida. Y todo eso lo narra nuestro autor, que a través de toda esta extravagancia se adentra en el alma de las cosas sin mucho ánimo de trascendencia sino de resultados, de salida, y con esos ingredientes radiografía la España de la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días.

Narra las limitaciones de la Transición, las contradicciones de nuestra democracia, la llegada de la globalización, el progreso, el capitalismo salvaje, las estrellas folclóricas de este país, que encarnan los excesos; narra la velocidad, pero también las ausencias, la pobreza, pero no desde la condescendencia o desde lo panfletario, sino desde la ironía y la sobriedad. Uno de los ejemplos más significativos de su obra, que más han corroborado lo que acabamos de mencionar, es su famoso poema titula «McDonald's», que podría considerarse raíz de su manera de ver el nuevo mundo, y como momento decisivo de ver la amplitud de la existencia, el festejo que supone estar vivo desde la apertura de un local de comida rápida en el centro de Zaragoza. Las nuevas generaciones, los llamados *millennials*, han crecido ya en una España con sus ciudades invadidas de franquicias, con sus circunvalaciones atestadas de centros comerciales, pero lo cierto es que en ciudades pequeñas y en las provincias, la llegada de los primeros McDonald's impusieron una nebulosa de avance, una ficción de modernidad, de occidentalización, que hasta entonces no se había manifestado de esa manera. Nunca las grasas *trans* han tenido semejante valor social.

Algo importante está sucediendo
en este subterráneo del McDonald's de la Plaza de España de Zaragoza,
pero no sé qué es.
No lo sé.
De un momento a otro, vamos a arañar la felicidad:
el niño negro, los novios, el muñeco, la nata del suelo, mis botas.
Botas nuevas, de piel brillante, con la punta afilada en señal de muerte.
En McDonald's, allí, allí, allí estamos.

Carne abundante por tres euros.

McDonald's simulaba una nueva España de colores y de sabores exóticos, en un país que hasta muy poco antes de esa llegada no se lo permitía. El texto ha ido acompañando a lo que ha supuesto, para bien y para fatal, esa globalización, y la ironía que lo recorre sigue estando vigente, aunque la felicidad por la carne barata en abundancia fuera sincera. Porque lo barato y España siempre han ido de la mano en la obra de Vilas y en las cabezas de los turistas europeos. Escribe: «En España vale la pena pagarlo todo porque todo es barato».⁸ Iremos viendo cómo uno de los perfiles de esta evolución española desde la Transición a nuestros días que trata el escritor es el perfil económico. La historia reciente de España es la historia de España en Europa, y ese pulso entre la influencia anglosajona y la americanización de nuestros hábitos con la tradición española, que al final parece imponerse siempre o, al menos, resistir. España es la lucha entre esa tradición y la imagen que el sector turístico ha acabado imponiendo. «Me interesa mucho España, dibujar este país. No me gusta la imagen que damos fuera. Hay muy poca presencia de la cultura española, bueno, dentro también».⁹ Verlo todo desde fuera de las fronteras es algo nuevo en la obra de Vilas. Ahora, residiendo en Estados Unidos donde también imparte clases, analiza su país desde la perspectiva americana, cosa que, en el fondo, siempre había hecho a través de Dylan, Whitman, Obama o los mencionados McDonald's, por ejemplo, como veremos a continuación, pero esta vez con sus botas pisando territorio americano. Y esa cultura española es la que, desde lo personal, aborda en su obra a partir de nuestra historia reciente, de la historia y de las contradicciones que las mejores leyendas arrastran. Ya dijo antes Simone Weil que toda verdad encierra una contradicción.

La transformación que sufre España a partir de la muerte del dictador Franco en 1975 va a dar lugar a un profundo cambio de la realidad y de cómo esta se percibe. La Transición y la incertidumbre de los primeros años de democracia con los movimientos sociales y la convulsión en cuanto a los nuevos hábitos, conductas y roles en los años ochenta —con la entrada en la OTAN y el fin de la Guerra Fría— van a tener una repercusión directa en la cultura y en esa generación que vive la rebeldía de la adolescencia en un clima de cambio y cierta convulsión en determinadas ciudades. Los

⁸ Manuel VILAS, *Setecientos millones de rinocerontes*, Madrid, Alfaguara, 2015, p. 56.

⁹ *El País*, 24/4/15

cambios que se iban produciendo y la interesante producción cultural de los años ochenta acabarán más tarde derivando en distintas mutaciones del discurso teórico, en una revisión y reconstrucción de dicho proceso transicional y en una democracia que conllevará la ebullición de nuevas voces y categorías críticas que recrean y evocan este periodo desde una heterodoxia que parte, dentro de la narrativa, de escritores nacidos en la década de los sesenta, con una marcada influencia de la cultura americana. Adolescentes que se criaron con la llegada de los *westerns* y los discos en los que aparecía un chico de Brixton travestido con un rayo pintado en la cara y elevado sobre unas plataformas. Después de tantos años de censura, la llegada del movimiento *glam*, la liberación sexual y el cine transgresor, animaron a una nueva generación a ser *modernos*, a ser distintos, cuyo fenómeno más conocido fue el de la *movida madrileña*, aunque también hubiera movida en Sevilla, Barcelona o Vigo, y en cualquier ciudad donde se reuniese un grupo *quinqui* o un puñado de raros dispuestos a cambiar el color de las cosas y los cánones ortodoxos impuestos desde los sectores más conservadores de la sociedad española, y desde las rigideces eclesiásticas, que no supieron entender el nuevo tiempo y olvidaron la servidumbre, la misericordia, la acogida o el cuidado esencial que tanto clamó la teología de la liberación, por ejemplo. A partir de todo ello, de toda esa era de cambio que se vivía en las calles españolas, se produce una recuperación de cuestiones relacionadas con el “compromiso” y “el desencanto”, término que ya caló tras el estreno con el mismo título del documental sobre la familia Panero-Blanc, dirigido por Jaime Chávarri en 1976, que engloba todos los excesos y ansias de la nueva era que ya asomaba; emerge de nuevo con fuerza el concepto social dentro de la literatura o la música, y desde ahí se sigue cuestionando una Transición que algunos vieron como un éxito gracias a la actuación de Juan Carlos I, y otros como un fracaso al ser planteada y planificada por el propio dictador. Estos extremos han vuelto a ser reformulados en los últimos años con movimientos sociales y políticos a los que han llegado a denominar como una “segunda Transición”, y en el que se vuelve a cuestionar el papel de la democracia en los últimos años de la vida pública española, motivado por los casos de corrupción política, por el desempleo entre los jóvenes, los desahucios, la discriminación y la pobreza, produciéndose así un renacer en cuanto a lo social, que sí ha supuesto importantes cambios y una honda revisión de nuestra convivencia, y que ha conllevado un viraje de la literatura hacia su mismo centro, que es el interior de las personas y el sufrimiento que padecen. Por esta grieta han entrado obras necesarias para decir las cosas, pero también mucha literatura oportunista que solo

ha añadido ruido al ruido de las calles. Es importante no confundirlos. Todos los problemas anteriormente planteados han ido evolucionando en la obra de Manuel Vilas, y, si bien no ha ofrecido demasiadas soluciones (no es su misión), sí han supuesto un esclarecimiento a partir del humor o a partir de lo biográfico: «Este país apesta a corrupción».¹⁰ Sin rodeos.

En su última novela, *Ordesa*, (y en su desgarrador poemario *El hundimiento*) es donde podemos ver con más claridad el efecto de esa España en crisis y de sus burbujas de euforia en la vida personal del escritor. Desde la precariedad de los años 60 y de la vida en los pueblos, hasta reflexionar sobre el sentido de la nueva monarquía que protagonizan Felipe VI y la reina Letizia:

Produce fascinación la monarquía, fascinación que excluye la reprobación. Allí estaban Felipe VI y su esposa doña Letizia, reyes de España sin que nadie se lo haya pedido, aunque ambos saben que no es necesaria esa petición en tanto en cuanto la Historia es una sucesión de maniobras políticas aterradoras, y más vale no penetrar en ese abismo, porque ellos, Felipe y Letizia, son una solución solvente y sólida en la medida en que todo aquello que podría sustituirlos es incierto, inseguro, y muy susceptible de acabar en devastación, muerte y miseria. Saben que el servicio que les prestan a España es objetivo o mensurable, se puede contar y medir, es dinero, consiguen acuerdos internacionales, que otros estados o empresas inviertan en España. Gracias a ellos, sí. Es cierto. Inspiran confianza para los inversores internacionales. La confianza es dinero y es gente saliendo del paro.¹¹

El dinero es uno de los recursos más frecuentes empleados por el autor. A él recurre para hablar de España, para hablar de su vida: «Cómo me gusta el dinero, cómo me gustaría ser uno de los hombres más ricos del planeta. [...] Pero no me estoy haciendo rico, me hago viejo».¹² España es también una idea económica, como para el autor el franquismo fue, también, un régimen psiquiátrico. La literatura es política, y la política es dinero. Todo está hilvanado. La historia reciente de España es la historia de un estado con su poder adquisitivo, con el dinero que pueden pagar sus contribuyentes. La historia de España es la historia de sus escritores, y de las fatiguillas que la mayoría pasa por no poder vivir exclusivamente de ello. El ser humano parece requerir de estabilidad para alcanzar la felicidad, que al final, como indica el antropólogo francés

¹⁰ Manuel VILAS, *Setecientos millones de rinocerontes*, Madrid, Alfaguara, 2015, p. 73.

¹¹ *Ordesa*, p. 39.

¹² *Gran Vilas*, p. 35.

Marc Augé, no es más que la ausencia de infelicidad, la tregua, la pausa. Al capital se llega desde el trabajo, que supuestamente es constancia, como constancia parece que exige encontrar la felicidad, ya que parece que solo es camino, nunca meta. Y en ese camino trabajamos. Jaime Gil de Biedma escribió en sus *Diarios*: «La idea de volver mañana a la oficina me es agradable»¹³. Imposible explicar la historia reciente de nuestro país sin atender a la historia reciente de sus oficios, y a partir de ahí podemos medir la cultura, la economía y el dinero, ese intangible que es capaz de levantar movimientos nacionalistas y racistas. En la obra de Vilas, desde sus primeros relatos hasta su última novela publicada, vemos cómo la noción de España se va descomponiendo a la par que se desmorona su vida: «Yo lo que quería era comer de esto que se viene llamando literatura. Y, a ser posible, comer bien».¹⁴ España, que era el lugar del absurdo pero también, y sobre todo, de lo extraordinario, del sol, de Cernuda o del sexo, va descomponiéndose en algo difuso, a lo que el también poeta atiende:

Viví en una cultura ibérica en donde aún existía España. Y eso daba sentido a mi estimulante literatura. Se podía hablar literariamente de España y la gente lo entendía. Ahora, en este junio de 2014, por lo que veo, una vez levantado de mi tumba, España ya no existe. Y al no existir España, pues coño que con esa inexistencia desaparece el 98 y su herencia, mi amado Valle se va al limbo de la arqueología.¹⁵

La literatura es un ejercicio de evocaciones, en ellas las presencias pueden ser reales o imaginadas, idealizadas o directamente inverosímiles. La escritura viene a ser una forma de comunicación que a veces trasciende a ese diálogo entre narrador y lector, y se convierte en un diálogo con el mundo, o, en su defecto, en un diálogo con su país, con su ciudad, con su entorno o con el deseo de otro entorno distinto. Manuel Vilas fue un niño nacido durante la dictadura franquista, y como para tantos otros niños la falta de libertades y las estrecheces económicas marcaron su crecimiento, y también sus necesidades. El niño Vilas creció en un pueblo con las limitaciones típicas de los pueblos, y en un país donde hasta los últimos años de la dictadura estuvieron censurados los discos de la Velvet Underground, grupo que supuso su despertar y desde el que entendió que la vida podía ser de otra manera, que la vida era un regalo de Dios.

¹³ Jaime GIL DE BIEDMA, *Diarios (1956-1985)*, Barcelona, Lumen, 2015.

¹⁴ *Setecientos millones de rinocerontes*, p. 118.

¹⁵ *Ibid.*, p. 124.

Lou Reed y España serán dos extremos que empujarán al niño Vilas a vivir una realidad más cerca del lado salvaje que del lado predecible. El *Transformer* de Lou Reed, su verdadera *transición*, como medicamento para una adolescencia en un país gris y con pocos estímulos permitidos, donde casi todo pasaba en determinados barrios de unas pocas ciudades. España como subgénero, como trasfondo, como problema y solución, como alegría e indignación. La literatura de Vilas ha ido narrando, de manera más o menos directa, la evolución de España. Desde que así, como *España*, titulara su primera novela destacada, que supuso una bocanada de aire fresco en una literatura que miraba a la cultura pop con cierto desprecio y altanería; hasta la última, *Ordessa*, su novela más descarnada, convertida casi en *best-seller*, por la que recorre a través de su historia su vida en España. Una década entre vida y literatura que visto ahora con perspectiva no parece más que el esfuerzo, a veces en balde, de un hombre por ser feliz, y por extender la idea de que la vida es un privilegio, y que como tal debe ser entendida y disfrutada. Para narrar ese entusiasmo y esa pasión por la vida, se vale de la poesía y de la narrativa, apurando así todas las formas posibles para exigirle a su país modernidad, y a su vida alegría. España es el medio que el escritor usa para clamar contra el empobrecimiento de nuestra realidad. Desde el humor y la ironía, pero también desde el relato descarnado y biográfico, el autor va desgranando los problemas de nuestro tiempo, los conflictos de la globalización y de lo que fue la era posmoderna, término que, según el crítico José Carlos Mainer, huele hoy a puchero de enfermo. Difícil encontrar una definición más exacta.

En estos diez años el autor ha llevado a cabo una especie de autopsia pop de España, una radiografía desde los fogonazos de alguien que ha vivido las contradicciones de su país como suyas, y que ha celebrado el progreso y venerado la era tecnológica mientras cantaba a la vida sencilla y a los placeres más cercanos. Vilas ha conseguido en su obra escribir la historia pop de España, la historia pop de los que van del pueblo a la ciudad, el auge del capitalismo en las ciudades. «Escribir pase lo que pase», declaraba en un programa radiofónico.¹⁶ Ha conseguido hacer de Juan Carlos I, Santiago Carrillo o Felipe González, entre muchos otros, personajes más cercanos al pop que al congreso de los Diputados. En *Gran Vilas* (2012) escribió: «Me dan pena los muertos españoles». Y añade: «Sueño con el aniquilamiento de la vida peninsular tal

¹⁶ *El Estado Mental Radio*, <https://elestadomental.com/radio/las-perifericas/manuel-vilas?page=8>

como la conocemos, sueño con el delirio final de todos nosotros, los ancianos españoles, muertos de miedo, solo salvaría el Tren de Alta Velocidad y algunas películas de Buñuel y Berlanga». ¹⁷ Y entre la pena por una historia demasiado lenta y por un futuro en forma de bonanza que no acaba de materializarse, transcurren sus páginas. España es uno de esos dos extremos en su obra porque España es la imagen más potente a la que el autor recurre. La narrativa orienta el lenguaje hacia el pasado, y el pasado es historia. La historia de España, o la historia de Vilas, parte de esa España encorsetada de los años 70, y, basándose en sus días, en las canciones de Lou Reed y en la poesía, que, como escribe el poeta González Iglesias, orienta el lenguaje hacia el futuro, ha conseguido explicar nuestra historia última, y, de paso, entenderse él mismo dentro de esa historia, y dentro de su vida en esta península:

Sólo hay historia. No existe el mito. Ni siquiera, como dijo Ballard, existe el pasado. Charles Baudelaire no conoció el teléfono móvil, ni los viajes en avión, ni los coches deportivos, ni los conciertos de los Rolling Stones, ni la Seguridad Social, ni los ascensores, ni los antidepresivos de última generación, ni las operaciones de cambio de sexo, ni las películas de John Ford o las de Tarantino, ni la inyección letal, ni el Holocausto nazi, ni las ciento cincuenta mil circunvalaciones alrededor de París, ni la sodomía telepática, ni la física cuántica, ni la ley de la relatividad, ni la cirugía estética. Repito: el pasado no existe. Yo no conoceré los baños en el agua helada de Marte, los injertos cerebrales que te convierten en políglota, el sexo con seres virtuales, la vida hasta los 140 años, la plenitud de la sangre a los 90 años, el viaje a la fotosfera del sol, el final de las guerras, la desaparición del cristianismo, la desaparición de la monarquía española, la extinción de los Estados Unidos. Existe un poeta en el futuro que ya está escribiendo sobre esto. Casi puedo tocarle los ojos. [...] Creo que aprender griego, chino, ruso y húngaro con injertos cerebrales es mejor que aprender todas esas lenguas a través de tediosas gramáticas de papel, vídeos estupendos vistos una y cien veces en las cabinas estrechas de institutos de idiomas muy grises. Se ha roto algo, se ha roto la tranquilidad de la evolución histórica. Ha desaparecido la lentitud: esa tranquilidad, esa lentitud se extingue en el siglo XX. ¹⁸

Pocas cosas salvan al pasado siglo de ese ritmo lento que parece denunciar y al que a la vez aspira, y esas cosas son las que exaltan la existencia, las rutinas del buen vivir y la búsqueda de la felicidad en un país que nunca lo ha puesto fácil. De ahí esta propuesta de conversación con todo lo que contiene el mundo y todo lo que acarrea su país, de ahí el asombro ante la eterna novedad de quien quiere comerse el mundo. Por

¹⁷ *Gran Vilas*, 2012, p. 77.

¹⁸ Manuel VILAS, en *Poesía española posmoderna*, edición de María Ángeles Naval, Madrid, Visor, 2010, pp. 167-168.

eso, tenemos que entender el recorrido de Vilas por la narrativa española como un ejercicio si no de arqueología, al menos sí de etnografía, de una literatura del pueblo, a veces vista por personas foráneas, normalmente por *celebrities* extranjeras. Una de ellas es la indiscutible figura de Lou Reed, presente de forma directa o indirecta en toda su obra. Lou Reed es la personificación de la España soñada por Vilas. Una España seca, casi maña, transgresora, poética, visceral, yonqui, delgada. Lou Reed es para Vilas la Transición española, el Cervantes del rock. Representa el verdadero cambio, el progreso hacia lo que será irreplicable. España también es Cash o Dylan, como ya comentamos, o las novelas de Kafka o los hermanos Karamazov. Es la miss mundo malagueña Amparo Muñoz, que tuvo una muerte tan rotunda como la de Amy Winehouse, pero a la que ya nadie en España recuerda. La España de Galdós y de Valle-Inclán, la de los veranos de Nico en Ibiza. Todo eso compone su mapa ibérico, pero el verdadero Quijote sobre el que se apoya para explicarnos y explicarse es Lou Reed. Confesaba Vilas que fue la lectura obsesiva de Kafka, cuando contaba con unos veintinueve o treinta años, lo que le lleva a este oficio, a explicarse de esta manera. Pero ese impulso y, sobre todo, esa intención de escribir desde el estímulo y la euforia ante la vida, la incentiva el cantante. Dos libros sobre él por estos lares ha publicado en los últimos años: *Lou Reed era español* (Malpaso, 2016) y *Wild side España* (Imagine, 2015). En este último, usando el título de una de sus canciones más conocidas, Vilas traza una especie de *road-movie* en la que ambos recorren España, y en esos viajes por carretera el escritor intenta entender su vida mientras se reconoce en su país, en sus pueblos tristes, en sus carreteras abandonadas, y en sus noches eternas, en el alcohol y el sol. En la contra del libro puede leerse: «Cuando era apenas un adolescente en su Barbastro natal, allá por los primeros años setenta del pasado siglo, Vilas oyó por primera vez la voz del rockero norteamericano y su vida cambió para siempre».¹⁹ El músico nunca correspondió ese amor por España, o no lo hizo muy público. Alguna visita al Prado, lecturas de Lorca y querencia por la cuajada, pero no mucho más. Sin embargo, Reed fue extremadamente más popular en España y en Europa que en Estados Unidos. Aquí escritores, poetas y artistas le rendían pleitesía. En uno de sus conciertos en Madrid en los setenta, Haro Ibars, gracias al carné de prensa de su padre, fue junto al poeta Luis Antonio de Villena a entrevistarle al camerino y se encontraron al músico buscándose la vena con la aguja. Era la época de *Heroin*, y Reed llevaba la canción a la verdad oscura de la vida, y en

¹⁹ Manuel VILAS, *Wild side España*, Madrid, Imagine ediciones, 2015.

España la misma sustancia acabó con una generación talentosa, agraciada con una inquietud y un impulso de libertad que se pasó de frenada. La heroína, su relación con una travesti, las canciones de naturaleza salvaje forjaron el mito de Reed en una España hambrienta de sensaciones intensas. Lou Reed ayudó a esa transición hacia la libertad, aunque en la carrera se quedaron demasiados:

Lou Reed vuelve a España, va a dar dos conciertos: uno en Barcelona y otro en Madrid. Su plan es ir con su amigo Rodrigo a Barcelona desde Zaragoza y cumplir por fin su gran sueño: ver a la Voz. [...] El autobús que le lleva a Zaragoza para en todos los pueblos de la provincia de Huesca y de Zaragoza y en realidad no le lleva a Zaragoza. No hay línea directa a Zaragoza. Entre Barbastro y Zaragoza hay ciento veinte kilómetros. Hay que hacer transbordo en Huesca. El joven camina por la vieja estación de autobuses en Huesca, llena de militares. Había muchos militares, soldados de reemplazo, en la España de 1980. También había ancianos con cestas de pueblo, en donde se adivinaba que dentro iban huevos y tomates y patatas, ancianos fumando caldo, maletas antiguas, maletas con correajes, maletas que había que levantar del suelo con pulso firme, mujeres viudas con pañuelos negros, estudiantes y soldados asustados y bisoños y el joven con su disco *Berlin* bajo el brazo: eso es la estación de autobuses de Huesca en 1980.²⁰

Vilas utiliza sus primeras aventuras en busca de su ídolo para narrar la España de la Transición, la España que acababa de enfrentarse por primera vez a unas elecciones después de cuarenta años. En la atmósfera era todo incertidumbre. La vida en los pueblos y ciudades pequeñas no sufría grandes cambios en esos años, más allá de la resaca franquista y de algún individuo o grupo de individuos que se resistían al cambio y ejercían la fuerza contra grupos progresistas y anarquistas. Pero ese choque se intensificaba en ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao o Zaragoza. A pesar de las críticas que esos años de Transición han recibido, lo indiscutible es que fueron años de una intensidad extraordinaria y de un pulso social y cultural frenético del que muchos creadores quedaron marcados para siempre. 1977 fue un año fundamental. Muerto Franco en el 75, es, como ya hemos apuntado, el año donde por primera vez se va a ejercer el derecho al voto, aunque fueron unas votaciones aún lejanas de ser democráticas. También en ese año se creó el Ministerio de Cultura, y el poeta sevillano Vicente Aleixandre recibe el Premio Nobel de Literatura. España despegaba definitivamente, y jóvenes enloquecidos, algunos con pensamiento marxista radical — o eso creían muchos—, lo veían desde sus casas familiares, deseando dejar atrás las

²⁰ *Ibid*, p. 44.

limitaciones de sus municipios y llegar al fin a la gran ciudad. A pesar de esos avances y del asentamiento de la democracia, los problemas no acabaron del todo. Superados los pelotones de fusilamientos, llegan los atentados. La banda terrorista ETA vive durante los años ochenta su momento más sanguinario, con asesinatos, secuestros, extorsiones y atentados atroces, como el ocurrido en un Hipercor de la ciudad de Barcelona, que dejó 21 muertos. De manera seca, sobria, como no podía ser de otra manera en él, rememora Vilas estos días de miedo y sufrimiento: «Era 1983 y en España morían guardias civiles todos los días. Un país en el que siempre estaba muriendo gente».²¹ Eran años de violencia e inestabilidad. Tampoco aquellos conciertos de Reed en España se libraron de altercados: en Madrid el músico abandonó el escenario a los veinte minutos de actuación, supuestamente porque alguien le había arrojado un bote con la intención de golpearle. La suspensión del concierto enfureció a un amplio grupo de espectadores que subieron al escenario y destrozaron todo lo que encontraron a su paso. Quizá ahí empezó la difícil relación del músico con España. Sobre el concierto en Barcelona narra Vilas:

Barcelona le parece, aquella noche, una ciudad de zombies *loureedianos*. Todos están demacrados. Todos están muertos, pero sonríen y se mueven. Todos se drogan. Todos están extremadamente delgados. [...] Se da cuenta de que es un pardillo en Barcelona. España no es su pueblo, no es Barbastro. Está viendo una ciudad con gente exótica, con gente aparatosa, con gente que llama bochornosamente la atención. Esta gente no habría podido vivir en su pueblo. Los hubieran echado. [...] Reina una forma de libertinaje gestual que él no conoce. No sabe moverse así. Mira su convencional camisa y se avergüenza.²²

Esos viajes por las carreteras secundarias españolas, esas travesías del pueblo a la ciudad y ese descubrimiento de nuevas formas de vida marcarán al joven e irán formando su mirada y su manera de verse como personaje en el universo español, un personaje más bien tirando a pobre (como él mismo relata), que vivió los últimos años del franquismo en un pueblo de Aragón y que ha intentado explicar la historia de lo que le pasó a él y a esos actores que condicionaron tanto la vida en aquellos años:

Está la televisión encendida, en un canal de Historia. Una historiadora guapísima sale hablando del franquismo. Vilas la oye, dice algo así como «Ya lo sabemos prácticamente todo sobre el franquismo; sabemos que Francisco Franco fue, en términos de realismo histórico, el verdadero

²¹ *Ordessa*, p. 56.

²² *Ibid.*, p. 53.

fundador de la democracia, su misión chamánica —desconocida para él mismo, de ahí que fuese una misión chamánica— fue crear la clase media española; por eso desde hace ya unos años, ningún historiador de prestigio discute la rehabilitación de Francisco Franco» [...] El viejo Vilas sabe que el franquismo no fue, en realidad, un régimen político sino un régimen psiquiátrico.²³

Más allá de definiciones, lo cierto es que el régimen conformó la mirada de los autores de su generación. A pesar de no haber vivido los años más sanguinarios (aunque no dejara de firmar sentencias de muerte), los años de dictadura han marcado el comportamiento y la forma de enfrentarse a la familia, el trabajo o la sexualidad. Cuando dice régimen psiquiátrico parece referirse a esa resaca inextirpable que dejó el régimen y de la que no conseguimos zafarnos del todo. Su literatura va mucho más lejos de ello, pero no se puede explicar o parodiar España sin atender el zarpazo ético y estético de aquellos años, en los que el autor se retrata dentro de ellos. El franquismo está presente en nuestra historia reciente, quizá más vivo que nunca, y en nuestra manera de relacionarnos, parece querer argumentar el narrador:

Creemos que ninguno de los personajes que aparece en el manuscrito es el propio autor. Un ser más inmoral que inmortal que pertenecía a un país llamado España; de ese país tenemos noticias virtuales, sí, pero muy vagas, muy determinadas y muy tristes y muy endeables.²⁴

De la tristeza al éxtasis, de la desesperanza a la euforia. Hay una reconciliación, un ímpetu de condescendencia en esos extremos propuestos de la idiosincrasia española. Hay gratitud por pertenecer a un país que, con sus tendencias al cerrilismo, no deja de ser un lugar acogedor e integrador. Y todo desde esa mirada ácida hacia la realidad española. Así podemos verlo en las siguientes líneas pertenecientes a *Ordessa*, donde vuelve a aparecer la sombra de aquel régimen psiquiátrico al que se refería: «En España siempre le ha ido muy bien a la gente que va a misa. [...] El español quiere que mueran todos los españoles para quedarse solo en la península ibérica».²⁵

Existe la gratitud hacia el progreso en estos libros, pero también el ajuste de cuentas con lo difícil que este país se lo puso a sus padres (uno de los ejes fundamentales de este último libro) y lo difícil que parece que también se lo ha puesto a

²³ *Los inmortales*, p. 39.

²⁴ *Ibid.*, p. 12.

²⁵ *Ordessa*, p. 68.

él, según narra. Para no caer en el derrotismo, Vilas combina constantemente la tragedia (biográfica o no) con el humor, al que solo recurre de verdad cuando no habla de sí mismo, o de algo especialmente relevante para él. En el año 2013 recopiló en un libro publicado por la editorial La Bella Varsovia, titulado *Listen to me*, las conversaciones ficticias en torno a la vida y a España que tenía con todo tipo de personajes, desde Marx a Jesucristo, y que venía publicando desde el año 2008 en su perfil de Facebook. Ahí también narra con acidez acontecimientos ficticios sobre la historia reciente de su país, como cuando Satanás advierte a Rajoy de que los españoles están muertos y no lo saben, otra manera de criticar el conformismo nacional y la falta de ambición en un país donde el oasis (y la única vía posible de escape) parece limitarse al funcionariado. En Vilas las redes sociales han sido redes para difundir su pensamiento hiperbólico y sus conversaciones con el más allá desde el humor y desde el más cercano acá. Estos canales abrieron formas de comunicar determinadas ideas y textos que difícilmente encontrarían acomodo en novelas o poemarios. Ese uso de la tecnología suele ser un recurso para enfatizar su mensaje, para exagerarlo o darle un tono más cercano y a la vez universal. El humor en Vilas es exageración, delirio, pero también excelencia. Así en su novela *El luminoso regalo*, donde narra la vida de un aclamado escritor que vive en una España que no considera a su altura, y se dedica a dar conferencias y al sexo. Escribe:

Creo que la evolución humana es una ficción más. No creo en la Historia. Te matarás copulando, porque la Naturaleza es superior a la Historia. Eso piensas ahora mismo, en este invierno del 2012, en la ciudad española de Madrid, capital de España, un país en crisis económica infinita, que podría solucionarse de manera inmediata con tal de que la gente decidiera copular al aire libre, hacer el amor en público, follar sin ley, sin límite, sin esperanza, en un intercambio de parejas interminable. [...] Caería la monarquía, caería el gobierno de la maravillosa España, campeona del mundo de fútbol.²⁶

De nuevo la contradicción, la pelea con la historia y sus tiempos y necesidades. Sus últimas novelas están escritas en un país que sufrió con especial virulencia la crisis económica, dado el pinchazo de la burbuja inmobiliaria y la corrupción política, entre otras cosas. Esa crisis política, y por ende social, coincide con una aguda crisis personal, y para evitar el pozo definitivo se vale de ese estilo reiterativo que incide en la pasión

²⁶ Manuel VILAS, *El luminoso regalo*, Madrid, Alfaguara, 2013, pp. 79-80.

por la vida, ya que su fracaso también se alimenta de esa adoración, que muchas veces se basaba en el sexo y en el alcohol. Sobre lo primero escribió: «La derecha española no odia el sexo, odia hablar de él»²⁷; el alcohol ha estado, sin embargo, más presente en sus novelas y poemarios, en todo lo que hacía (ya no bebe), y esa adicción le ha servido como un elemento que le ha unido a la historia de España, país cuya rutina y leyenda se ha construido desde el alcohol. El auge de la economía y del turismo en España ha sido también el auge del alcohol. Miles de europeos empezaron a llegar en masa, principalmente a partir de principios de los 90, a disfrutar del turismo de borrachera, y con la burbuja económica no había comunión familiar que no acabara regada por el alcohol. Es obvio que el alcohol es una droga legalizada y generalizada, pero el caso español es particular, y la obra de Vilas radiografía con exactitud esta cuestión: «En España la ayuda que recibe un exalcohólico es ayudarlo a que vuelva a beber».²⁸ Especialmente difícil salir del alcohol dentro de los saraos literarios españoles, que en muchos casos no son más que una excusa para empinar el codo. Añade: «Defina su alcoholismo: la gente me veía beber. ¿No estás bebiendo mucho? Tienes que hablar luego en público. Pero tú seguías bebiendo. Menudo cante. Mi pasión era el Glenrothes. Una santa pasión: ese whisky, esa era la sangre de Cristo».²⁹ «Soy un borracho descomunal. Soy un alcohólico clásico y moderno»³⁰. Toda esta decadencia es superada por su entusiasmo, uno de los aspectos de su trabajo, y de su vida, que se mantiene inalterable a lo largo de los años. Entusiasmo por las bondades de este mundo, a pesar de la necesidad que todo ser humano padece.

A través de la literatura podemos entender nuestro tiempo sin esa necesidad de perspectiva de la que parece depender la historiografía. La obra de Vilas, con un evidente fondo lúdico, es la de una persona en un contexto histórico y social que acepta el patrimonio heredado y lo revisa desde extremos que rara vez habían sido abordados. Sus libros han acabado convirtiéndose en uno de los tratados más fundamentales para entender los avatares y contradicciones del crecimiento español, de la vida en sus pueblos y sus ciudades, y del amor, o de la ausencia de amor, fin último de su escritura.

²⁷ *Ibid.*, p. 51.

²⁸ *Ordessa*, p. 17.

²⁹ *El luminoso regalo*, p. 245.

³⁰ *Gran Vilas*, p. 71.